



CAPITULO III.

El gobierno español no varia de sistema. — Don Francisco Xabier Venegas es nombrado virey. — Su carácter, sus talentos, ideas con que entró á gobernar. — En que circunstancias llegó á Méjico. — Estado de la opinion y de las cosas en Nueva-España. — Propension de la clase que principiaba á ilustrarse á sacudir el yugo. — Dificultades que esta empresa ofrecia. — Clase militar. — Nobleza. — Clero. — La clase media de este es la que presenta mejores disposiciones. — Union de los abogados y los curas. — Cuna del movimiento insurreccional en el pueblo de los Dolores. — Hidalgo, cura de este pueblo, se pone á la cabeza de la empresa. — El coronel Allende y el capitán Abazolo, se ponen de acuerdo con él. — El gobierno de Méjico adquiere indicios de la conspiracion. — El corregidor de Queretaro recibe órdenes de aprender al cura Hidalgo y sus cómplices. — Lentitudes de aquel. — Porque. — Avisos oportunos dados por la esposa del corregidor. — Hidalgo y sus compañeros dan el grito de libertad. — Entusiasmo general en Nueva-España. — Güanasuato abre sus puertas á Hidalgo. — Ejército que este mandaba. — Sus armas. — Confusion y desórden. — Don Juan Riaño. — Los Españoles son pasados á cuchillo. — Los Indios toman parte activa en la revolucion. — Hidalgo ocupa las ciudades de Acámbaro, Celaya y Valladolid. — Firmeza del carácter español. — Inquisicion. — Pierde su prestigio. — Don Torcuato Trugillo. — Su ineptitud. — Calleja. — Apuros de Venegas. — Escrito enfático. — Hidalgo y Allende se aproximan á Méjico. — Desórden de su ejército. — Las tropas del virey se dirigen á su encuentro. — Ignorancia del general que las mandaba. — Derrota de los Españoles. — Consternacion y esperanzas en Méjico. — Hidalgo obra sin plan ni sistema. — No saca partido ninguno de su victoria. — Organiza el virey nuevos medios de defensa. — Las tropas españolas al mando de Calleja se dirigen á Aculco. — Batalla de Aculco. — Completa derrota de Hidalgo. — Conducta sanguinaria de Calleja. — Víctima política. — Resentimiento de los habitantes. — Efectos que produce. — Contradicciones del gobierno español. — Diputados Americanos en el congreso de España. — Insurreccion de las Américas del sur y del ecuador. — Esfuerzos del comercio de Cádiz para sostener la dominacion en las Américas. — Útiles lecciones que reciben los Americanos de las discusiones políticas de España. — Las tropas derrotadas de Hidalgo se dirigen á Guadalajara. — Proteccion y auxilios que hallan en todas partes. — Conducta prudente y astuta de Calleja. — Religion; sirve de instrumento. — Virgen de los Remedios patrona de los Españoles y la de Guadalupe de los Americanos. — Imprudencia y desecuido de los sublevados. — Batalla del puente de Calderon. — Completa derrota de Hidalgo y Allende. — Nueva derrota. — Son hechos prisioneros y fusilados. — Don Ignacio Rayon. — Nuevo cuerpo de tropas que forma. — Accion brillante en Acatita. — Nuevas esperanzas.

Mientras que se desenvolvian con lentitud estas ideas,

los mandarines españoles hacian cuanto podian para oponer nuevos obstáculos al curso de las luces. El nuevo gobierno de la Península nombró virey de Méjico á D. Francisco Xavier de Venegas en 1810. Este nuevo gefe no tenia talentos políticos ni militares, y si las preocupaciones de la educacion que recibian los Españoles en la época anterior á los nuevos cambios que habian dado un curso diferente á las cosas. La pérdida de la batalla de Almonacid en agosto de 1809 en que fue derrotado por el general Sebastiani á pesar de la doble superioridad del número de las tropas del gefe español, motivó su nombramiento deseando el gobierno español deshacerse de él. Llevaba á la Nueva-España las ideas de terror que era todo el secreto de la política del gabinete de Madrid. Aunque habia visto crearse las autoridades bajo la influencia popular en España, y aunque su poder emanaba de este mismo origen, no creia sin duda que los Americanos tubiesen los mismos derechos que los Españoles, y su conducta en Méjico manifestó que muy poco habia que esperar de los Españoles y de sus promesas.

Llegó á Méjico pocos dias antes de estallar la revolucion del cura Hidalgo en setiembre de 1810. Toda la Nueva España estaba en agitacion y cada uno sentia la necesidad de un cambio de las cosas, aunque no podia decirse que hubiese una opinion fija y uniforme acerca del modo de verificarlo. La desconfianza comenzaba á paralizar el comercio, y de consiguiente á disminuir los medios de especulacion. Se atribuian las necesidades públicas á las frecuentes exportaciones de numerario para la Península sin ningun cambio ó valor equivalente. Los rutineros españoles y el clero atribuian el mal á las nuevas doctrinas de los escritores y á castigos del cielo. El descon-

tento se hacia cada vez mas general, como sucede siempre la víspera de los grandes movimientos. Muy pocos sabian que habia una conspiracion secreta que trabajaba en dar el inmenso paso de romper las cadenas coloniales, que abrumaban despues de trecientos años á los Americanos. En la capital varias personas, especialmente entre los abogados y la clase media, formaban reuniones y buscaban el modo de elevar la nacion á la categoría de independiente. Pero era tal el terror inspirado por los Españoles y su sistema, que no se atrevian los nuevos corifeos á declararse entre si mismos. ¿Que casa en Megico podia considerarse fuera del alcance de la influencia de algun Español ó de algun dependiente suyo? La dependencia doméstica paralizaba la independencia nacional, y era preciso buscar en otra clase igualmente independiente el caudillo de una empresa tan grande como arriesgada. La clase militar era esclava de sus gefes todos Españoles, ó enteramente adictos al regimen que conservaba sus fueros y su dominio. La nobleza (si tal pueden llamarse quince ó veinte condes ó marqueses) era sumamente ignorante, sin ningun sentimiento de grandeza, y la mas distinguida en abatirse delante de los vireyes y arzobispos. Contenta con sus rentas, sus títulos, la consideracion que les proporcionaban en la sociedad estas distinciones, y la admision en la corte vireinal, era incapaz de un esfuerzo generoso en favor de la libertad. De esta regla general, sin embargo, veremos en adelante algunas excepciones.

En la clase media del clero era en donde habia la mejor disposicion, porque en ella habia algunos hombres que salidos de los colegios con algunos rudimentos del latin y de la lengua francesa, podian leer las obras de Ciceron y de Tácito, y mal entender una que otra obra

francesa que se escapaba á la vigilancia de los inquisidores. Yo me acuerdo haber encontrado en la biblioteca de mi colegio las obras del abate Raynal, que habian pasado casualmente á ella por muerte de un inquisidor llamado Burnete, ó Brunete, que dejó su mala librería en herencia al seminario de Mérida. El mismo quizá no sabia lo que dejaba y habia adquirido aquella obra recogién-dola de algun viagero como prohibida con penas graves por el santo oficio. Las listas de libros prohibidos servian para conocer el mérito de las obras, y pasaba ya en proverbio que las mejores facturas de autores clásicos se hallaban en los expurgatorios de la inquisicion. Los curas eran pues los que tenian mayor depósito de conocimientos, y los abogados que estaban en el mismo caso se unieron luego con aquellos para comenzar una revolucion que costó tanta sangre y tantos sacrificios, pero que por último ha libertado de la opresion sistematizada de un gabinete estúpido muchos millones de habitantes y de generaciones.

El pueblo de Dolores en la provincia de Guanajuato fue la cuna de este movimiento que hace época en los anales del género humano. El cura del pueblo D. Miguel Hidalgo y Castilla concibió la vasta y atrevida empresa de ponerse á la cabeza de una revolucion, cuyas consecuencias el mismo no podia conocer. Habia invitado á varias personas, y estaba de acuerdo con el coronel Allende, con el capitán Abazolo, y otros pocos hombres de importancia. Era imposible que pudiese ocultarse una trama de tanta transcendencia á la vigilancia del gobierno; y el corregidor de Queretaro D. Jose Dominguez tubo órdenes de la Audiencia para proceder inmediatamente á la aprension de los referidos y formarle causas. Dos cosas contribuyeron á que no se ahogase en su nacimiento

esta revolucion: la lentitud con que obró el corregidor Dominguez, que se puede muy bien atribuir á su simpatía por los patriotas y por su causa: y al aviso oportuno que por via extraordinaria dió la esposa del corregidor al cura Hidalgo y á D. Miguel Allende. De manera que mientras el corregidor de Queretaro extendia sus órdenes, practicaba diligencias, y se disponia á obrar, el cura y sus compañeros dieron el grito en la noche del 16 de setiembre de 1810.

Toda la Nueva España se conmovió á la voz del cura de un pueblo y de un coronel del regimiento de la reyna: un rayo de luz brilló repentinamente en la vasta extension de un territorio inmenso. Hidalgo voló á Guanajuato, ciudad de 80 mil habitantes entonces, y Guanajuato abrió sus puertas al libertador de los Mexicanos. Todo era confusion y desorden: mas de cuarenta mil hombres armados de picas, de palos, de mazas, de coas, de machetes y otros instrumentos de minería y labranza formaban el ejercito del nuevo gefe. Todos los hijos del pais unieron sus votos y sus brazos á los de este caudillo; pero los Españoles y su gefe D. Juan Riaño se encerraron en sus casas y en la alhóndiga, edificio fuerte para resistir por algunos dias si hubiesen tenido prevenciones de defensa: mas la poblacion en masa corrió á destruir el edificio y á acabar con los Españoles. Esta fue la señal de matanza que despues cubrió de sangre el suelo de la nacion mexicana. Los Españoles se defendieron como hombres que no tenian que esperar entre la victoria ó la muerte, y vendieron caras sus vidas habiendo sido sacrificados todos por un pueblo ensangrentado. *Mueran los gachupines* fue entonces el grito general, y la reaccion fue una consecuencia muy natural. Los Indios tomaron una parte muy activa en la revolucion cuanta les permitian sus fa-

cultades morales y su incapacidad de discurrir por el estado de degradacion en que estaban. Formaban el grueso del egercito de Hidalgo y arrostraban con frente serena todos los riesgos, siendo tan indiferentes á la muerte como á la vida. Acanbaro, Celaya, y Valladolid, fueron ocupados luego por los insurgentes, y al gobierno de Méjico le tenian en una especie de estupor los rápidos progresos de los independientes.

Sin embargo, el carácter español se manifestó entonces como siempre, constante, fuerte, obstinado. La inquisicion lanzó sus rayos contra Hidalgo y sus compañeros: contra los que pensaren como ellos; contra los que de cualquier modo los ayudasen, ó no delatasen á los cómplices. El santo oficio acabó de perder todo su prestigio, pues se empeñaba en declarar como una herejía el sentimiento mas profundamente arraigado en los hombres que es el de su felicidad: tal concebian la independencia proclamada por el cura de Dolores. El virey por su parte armaba las tropas que podia, y puso á la cabeza de estas á D. Torcuato Trugillo, gefe inepto, y corrompido; pero que tenia el grado de brigadier en los égercitos españoles: Calleja habia salido por el rumbo de Queretaro con 2000 hombres. Se reunieron hasta diez mil hombres armados y equipados para oponerse al torrente que venia ya descendiendo las montañas al valle de Méjico, despues de haber ocupado el de Toluca y una inmensa extension de territorio. El virey Venegas estaba en los mayores apuros á vista del peligro que le amenazaba y escribia á Trugillo las siguientes frases: «Trescientos años de triúnfos y conquistas de las armas españolas en estas regiones, nos contemplan: la Europa tiene fijos sus ojos sobre nosotros: el mundo entero va á juzgarnos: la España esa cara patria, por la que sus-

primos, tiene pendiente su destino de nuestros esfuerzos, y lo espera todo de nuestro zelo y decision. Vencer ó morir es nuestra divisa. Si á V. le toca pagar este tributo en ese punto, tendrá la gloria de haberse anticipado á mí de pocas horas en consumir tan grato sacrificio. Yo no podré sobrevivir á la mengua de ser vencido por gente vil y fementida.» Este mal zurcido trozo de énfasis prestadas de otros, manifiesta la posicion de Venegas en aquellas circunstancias. Hidalgo, Allende y todo su ejército en número de cien mil hombres venian en tumulto, sin ningun orden, á tomar la ciudad de Méjico como habian hecho con Guanajuato y otras ciudades. Las tropas del virey se dirigieron á su encuentro por el camino de Toluca al Oeste Sueste de la capital y el inepto general español en vez de ocupar los desfiladeros y las partes elevadas de las montañas que rodean el camino, descendió á un pequeño llano dominado por varios puntos, y expuesto al fuego de los enemigos. Jamas hubo mas ignorancia en el ataque y la defensa. Los Indios se arrojaban sobre la artillería con sus sombreros creyendo evitar el efecto de las balas con esta precaucion, y los soldados del gobierno español no pudieron vencer semejantes enemigos. Despues de una horrible carnicería Trugillo huyó para Méjico y los insurgentes ganaron la accion tanto por su número que era décuplo del enemigo, quanto por la inepticia de los contrarios: el general D. Felix Calleja manifestó despues la exactitud de este observacion. Verificáronse estas ocurrencias el 3o de octubre de 1810.

Cualquiera creeria que despues de una victoria tan señalada contra las únicas tropas del virey, los caudillos de la revolucion marcharian á Méjico como consecuencia de su victoria. A ocho leguas de la capital, llenos de

terror los enemigos, y de entusiasmo los patriotas, ¿ que obstáculo podrian encontrar que les impidiese recoger el fruto de sus trabajos, y de su valor? Los independientes de Méjico esperaban á los insurgentes como á sus libertadores: la ocupacion de la capital hubiera sido la señal del triunfo en todo el territorio. Pero Hidalgo obraba sin plan, sin sistema, y sin objeto determinado. *Viva la señora de Guadalupe* era su única base de operaciones: la bandera nacional en que estaba pintada su imágen, su código y sus instituciones. No sabia que hacer en medio de la confusion y gritería que le rodeaban. Allende tenia mas disposicion; pero ni era escuchado, ni su capacidad estaba tampoco á la altura de las nuevas exigencias. Muy fácil es poner en combustion un pais cuando hay elementos de discordia, pero las dificultades de su reorganizacion son indefinidas: sin embargo; muy poco se necesitaba saber para aprovecharse de unos momentos tan preciosos, de una ocasion que no se volveria á presentar. El espectáculo de tantos muertos y heridos aturdió al coriféo eclesiástico, y el virrey tubo bastante presencia de ánimo para organizar medios de defensa, y bastante sagacidad para entretener á los vencedores por medio de propuestas astutas y dilatorias que dieron tiempo á formar un nuevo ejército que dentro de poco tiempo derrotó las masas informes de Hidalgo.

Este gefe se dirigió hácia el oeste, y ocupó el pueblo de Aculco que está al noroeste de Méjico, retirándose mas de veinte leguas por un llano inmenso que daba lugar á la caballería enemiga para obrar y á la tropa de linea para desplegar sus movimientos, sobre enemigos que carecian de los primeros elementos del arte militar. ¿Que podia hacer el coronel Allende, por mas

conocimientos que se le supongan, con mas de cien mil Indios que ni entendian el idioma, que mucho menos eran capaces de someterse á la disciplina, y que tenian que entrar en accion inmediatamente? Ademas nó habia provisiones de guerra ni de boca, ni existia en aquella barahunda orden, armonía, subordinacion, ni gefes : por ultimo nada existia. ¿Era extraño que el brigadier Calleja con diez mil hombres derrotase este tropel informe sin mucha dificultad? Así sucedió en efecto y la batalla de Aculeo dio á los Españoles y al gobierno vireynal tiempo para respirar, habiendo dispersado completamente las fuerzas de los insurgentes. Todos huyeron despues de una batalla sangrienta, poco costosa á las tropas disciplinadas del gobierno español, quedando en poder del enemigo la artillería, los caudales y armamento de los vencidos. Calleja, trató como rebeldes á los prisioneros : la severidad hubiera bastado; pero fue cruel, fue sanguinario. Méjico se cubrió de luto al oír el tañido de las campanas que anunciaban la victoria de los Españoles: se cantaba en los templos el *Te Deum*, cuando la patria nueva acababa de recibir un golpe mortal. Los criollos lloraban en silencio su desgracia, y el mas cruel de todos los males era no poder manifestar sus verdaderos sentimientos, el tener necesidad de ocultarlos, y lo que es peor de concurrir á la alegría de los opresores del pais bajo la pena de pasar por sospechoso. La venganza no conoció ya límites : las cárceles se llenaron : los patíbulos se veian por primera vez cubiertos de delincuentes por causas políticas : la inquisicion es verdad habia hecho sacrificios de víctimas humanas por causa de religion, ó al menos bajo el pretexto de ella ; los hereges habian sido por mucho tiempo obgetos de execracion para un pueblo educado bajo la mas tiránica supersticion ; pero

ahora la cuestion era diferente. Las familias ofendidas conservaban un resentimiento profundo : ninguno pensaba que era un acto de justicia condenar al suplicio á los que no pensaban como sus opresores : comenzó á considerarse como causa nacional la de los insurgentes : se comparaba á los Españoles de la Península oprimidos por los ejércitos franceses, á los Americanos oprimidos por los *ejércitos* españoles. ¿ Porque en su patria reclaman, decian los criollos, principios que hollan entre nosotros? ¿ Porque pelean contra invasores que al fin les dan una constitucion liberal que no tenian, y reclaman sus derechos de nacionalidad, y á nosotros pretenden imponernos, ó mantener un yugo que abominan?

En efecto, la contradiccion era palpable. Las córtes ya constituidas en 1810 consagraron el principio de la soberanía del pueblo, y con esta declaracion envolvian la de la independenciam de la América. Llamaron á los Americanos á representar en su seno y aunque la convocatoria con respecto á estos paises era desigual y mezquina, pues solo habia cuarenta y seis diputados por un continente que tenia casi doble poblacion que la Península, en un congreso compuesto de doscientos miembros, no dejaban por eso de repetir sus declaraciones de igualdad, tanto mas ofensivas, cuanto que con varios pretextos se eludian las reclamaciones enérgicas de nuestros representantes. Los Megías, los Alcoceres, los Arispes, los Duares, los Mendiolas, y otros insignes Americanos hacian tronar las tribunas con sus voces llenas de razon, de energía y aun de amenazas. Ya las Américas del lado del ecuador habian declarado su independenciam : ya Bogota y Caracas habian arrojado á las autoridades españolas : pero todo esto era nada para los obstinados representantes de la Península. Reducidos al círculo de la

isla de Leon y de Cadiz, amenazados por los ejércitos del general del siglo, sostenian al mismo tiempo los derechos justos de su nacion oprimida, y enviaban tropas al otro hemisferio para mantener su dominacion. No tenian caudales para las tropas que defendian su patria, y destinaban gruesas sumas para hacer pasar á Méjico y Colombia columnas de opresores cuyo destino era el de perecer en las costas ó en la campaña. La historia no refiere hechos que prueben una obstinacion semejante. Pero el comercio de Cadiz hacia todos estos sacrificios. ¿Como podria ver con indiferencia desaparecer el monopolio que le procuraba tan fáciles como inmensas ganancias en su comercio de ultra-mar? Esto bastaba para resolver el problema.

La libertad de imprenta, las leyes de elecciones para ayuntamientos y diputaciones provinciales, la separacion de la autoridad militar de cualquiera intervencion judicial, el respeto que se consagraba en la nueva constitucion española á los derechos individuales, la solemne profesion de fé política de las cortes sobre el origen de la autoridad, los impresos de Cadiz en que se declamaba contra los abusos del poder, los diarios mismos de los córtes en que se leian las discusiones sobre las bases del sistema social, sobre la imprenta libre, sobre la inquisicion y su detestable historia, sobre la política de los reyes y sus agresiones, y mas que todo sobre la conquista de América y la conducta de sus gefes españoles por trescientos años, todo esto eran lecciones para los Americanos que leian con avidéz cuanto podia interesarles, y lo repetian en los periódicos de sus paises respectivos. Yo entonces era muy joven, y me acuerdo que con solo la lectura de estos papeles y uno que otro autor político que habia leído y

malentendido, publicaba en Mérida dos periódicos que produjeron un efecto extraordinario en aquella península poblada de seiscientos mil habitantes. ¿Que debería suceder en Méjico, en donde habia trescientos abogados interesados en manifestar erudicion y patriotismo ante sus conciudadanos, en donde se abria por la vez primera una palestra semejante? Venegas se encontró rodeado de estos nuevos combatientes, mas difíciles de derrotar que los insurgentes armados, si respetaba las leyes de imprenta dadas por las córtes. Pero el cortó el nudo gordiano : prohibió la impresion de papeles, abolió la libertad de imprenta, y quedó hecho dueño del campo de batalla.

Dejamos al cura Hidalgo y su comitiva, corriendo hácia el oeste y buscando su salud en la fuga. Los desgraciados no encuentran asilo en semejantes ocasiones, y hombres que por impericia habian perdido la mejor oportunidad de hacer triunfar la causa nacional, parecian merecer las consecuencias de su infortunio. No sucedió así. Esta tropa derrotada se dirigió hácia el oeste al rumbo de Guadalajara, hasta ciento sesenta leguas de la capital. Hidalgo encontró en todas partes abiertas las puertas y los brazos de sus conciudadanos. Ninguna resistencia, ningun obstáculo se opuso á la ocupacion de las villas ciudades y provincias por donde pasaba. En Guadalajara, capital entonces de la Nueva-Galicia, hoy estado de Jalisco, entró á fines del año de 1810, despues de haber sufrido el descalabro de Aculco. El cauto Calleja, no creyó prudente perseguirlo hasta el interior despues de su victoria, y continuó paso á paso su marcha siguiendo las huellas de un enemigo vencido, pero temible. Reforzaba su ejército el gefe español con hijos del pais adictos al gobierno, que eran los dependientes de los ricos propie-

turios españoles, ó gentes que no tenían ninguna idea de lo que pasaba; ponía á la cabeza de las compañías oficiales españoles, ó aquellos Megicanos de quienes tenía una confianza ilimitada por sus servicios y conexiones. Se procuraba inspirar á la tropa horror por hombres á quienes se pintaba como excomulgados, traidores á Dios y á su rey, y enemigos de la iglesia. Esta era siempre la orden del día. Sacerdotes destinados á este obgeto, predicaban á la tropa y la exortaban á exterminar á sus hermanos. Las guerras contra los Albigenses y Valdenses, las montañas de las Cevenas podrán dar á los europeos una debil idea de esta lucha sangrienta. Los primeros desastres se presentaron, como de costumbre, como efectos de la ira celeste por los pecados del pueblo. Se hizo conducir á Mégico la imagen de la vírgen de los *Remedios*, patrona de los Españoles, cuyo santuario está á tres leguas de la capital, y que es uno de los monumentos de la supersticion de los peninsulares. Fue revestida de las insignias militares; se la invocó como intercesora entre los realistas y la Divinidad, poniéndose como en una lucha las dos imágenes de la madre de Dios, á saber la de *Guadalupe*, implorada por los insurgentes y la de los *Remedios* por los partidarios del gobierno español. ¿No es esto semejante á los combates de los dioses en la guerra de Troya, descritos por Homero? Los nombres son los que únicamente han variado.

Los caudillos de la revolucion no debian ignorar que las tropas realistas se dirigirian inmediatamente á combatirlos en el lugar en que se hallaban. Todo les anunciaba que el ejército, bajo las órdenes de Calleja, estaria dentro de poco tiempo en presencia de ellos. Mas los que dirigian los movimientos se ocupaban muy poco de

los medios de defensa. Los puntos defendibles entre montañas, desfiladeros, pasos de ríos, bosques, todo estaba desamparado. Se reunían en un pequeño círculo, creyendo que su número bastaría para imponer y derrotar el pequeño ejército que venía á combatirlos. El reciente ejemplo de su desgracia no les enseñó lo que deberían hacer, y se ocupaban en recibir homenajes de los pueblos que venían con entusiasmo á ofrecer sus recursos y sus facultades. Entretanto el general español marchaba fortificando los lugares que le parecían ofrecer un asilo en caso de desgracia, disciplinando sus tropas, disponiéndolas al ataque. Después de mes y medio de marcha llegó á las cercanías del puente de Calderon, memorable en los anales de la historia mejicana. Este puente está sobre un pequeño río que forma una barranca profunda dominada por varias colinas. Con pocas precauciones pudieron los insurgentes impedir el paso á las tropas realistas por aquellos lugares, pero se limitaron únicamente á ocupar el puente y las alturas. Las tropas del rey pasaron al lado del oeste, y tomando posesion de una llanura que domina la bajada al pueblo de Zapolanejo, se empeñó en este lugar una batalla que costó á los Mejanos mas sangre y descrédito que la de Aculco. Mas de 18000 muertos y doble número de heridos dieron al general Calleja una victoria que hubiera bastado para extinguir la revolucion, si no se hubiese tratado de una causa nacional. Esta accion se dió en 17 de enero de 1811 : los caudillos huyeron despues de esta catástrofe hácia el norte en donde, derrotados por un jefe español llamado Salcedo, en la villa de Chihunahua, el dia 21 de marzo, y hechos prisioneros, fueron fusilados inmediatamente. Los jefes españoles creyeron con esto sepultar la revolucion en las cenizas de sus prime-

ros corifeos; ; cuan poco conocian los progresos que habian hecho estas ideas entre los Meicanos! Propusiéronse aquellos ahogar en la sangre de multitud de víctimas un sentimiento no creado de nuevo, sino solo desenvuelto por razon de las circunstancias en los pechos americanos. A pesar de todo habíanse vuelto á formar otras partidas de insurgentes, y de los restos mismos de los dispersos reunió el licenciado D. Ignacio Rayon, un cuerpo respetable con el que dió una accion brillante en Acatita de Bajan, despertando las esperanzas abatidas de los patriotas. Mas ántes de hablar del nuevo vuelo que tomó la revolucion con este motivo, haré en el siguiente capítulo algunas reflexiones acerca del carácter del primer movimiento y de las personas que figuraron en él.
